

DE MI PUPITRE

Mario, joven distinguido, inteligente y lleno de ilusiones y esperanzas, con las manos apoyadas sobre un escritorio de madera fuerte, y teniendo por asiento un elegante y armónico sillón, miraba fijamente a un ángulo de su cuarto como si estuviera persiguiendo un fantasma. Estaba pensando seguramente en las palabras brutales de don Antonio, viejo gamonal e ignorante.

La figura de don Antonio era la fiel y exacta figura de un campesino acaudalado. Su voz era ronca, muy ronca, y su risa era como rugido de fiera. No hablamos de su andar, ni de sus ojos, ni de sus labios, ni de su barba. Poco importa esto; por ahora interesa más su personalidad moral y sucedió que, se trató de hacerle una merecida distinción a nuestro joven Mario, pero el famoso don Antonio manifestó públicamente que eso era un disparate, una tontería, puesto que el joven Mario no era persona todavía capaz para desempeñar alguna cosa seria, debido a su juventud. Los jóvenes, decía don Antonio, no pueden pensar con su cabeza, deben aguardar a que cumplan lo menos cuarenta años, y entonces si pueden pensar, escribir, amar, odiar y hasta sentar doctrina. Cuando yo era joven, continúa don Antonio, nadie se preocupó por mí, ni nadie pensó en que yo pudiera hacer alguna cosa de cuidado. Pero hoy, cuando mi cabeza está sembrada de canas, y mi frente muestra ya algunas grietas, entonces si soy persona de reconocida inteligencia. Y aquí termina el precioso concepto de nuestro super-hombre.

En su cuarto, a solas con su indignación, Mario comenzó a hablar consigo mismo.

Quién creyera, decía, que en pleno siglo veinte se oyeran conceptos como los de don Antonio. Con que tengo que aguardar a que llegue la tiniebla para enton-

ces brillar? Degeneración! Miedo de vivir! Retroceso! Así se llama todo eso. Y cuántos hay como don Antonio que quieren aprisionar entre sus brazos rústicos a ese rico tesoro que se llama juventud! Hoy, cuando la juventud llena de vigor y de entusiasmo desea cosas nuevas, elevadas, enérgicas y grandes; cuando ya comienza a hacer sentir su potencialidad avasalladora, hasta el punto de que se le mira con respeto y cariño; hoy, digo, es verdaderamente doloroso que un puñado de Antonios quieran contener su paso. Levantemos la frente y empuñemos el estandarte del triunfo, y sigamos indiferentes a todo propósito erróneo e imbécil.

Aprendamos a pensar con nuestra cabeza, sin dejar por eso de hacer una venia a nuestros autorizados mayores.

Robustas, llenas de vida y de belleza deben ser nuestras ideas, ya que el espíritu que las anima está lleno de juventud. Y si nuestra educación la recibimos en claustros de reconocida fama como el nuestro, y do labios autorizados como los de su digno gobernante y demás compañeros de labor, entonces sí podremos ir muy lejos por el camino del honor, del carácter y del patriotismo.

Mario, al hablar a solas, se olvidaba de que ya había terminado su carrera, pues la última parte de su monólogo es la de un estudiante. Pero, ¿acaso sólo es estudiante el que no se ha graduado? Desde que el hombre nace hasta que muere, no hace otra cosa que estudiar en el gran libro de la naturaleza.

Volvamos al cuarto de nuestro querido joven, y lo encontraremos con una deliciosa satisfacción, lleno de sol su cuarto y asomado a una de sus ventanas contemplando el cielo azul pálido que se pierde ante sus ojos soñadores.

I. NARANJO ARANGO
colegial de número.